P. J. NICOLAS GROU, S. J.

MANUAL DE LAS ALMAS INTERIORES

Traducción del P. Jaime Pons, S.J.

Serie
Grandes Maestros
Nº 8

APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 44
41003 – Sevilla

Déposito Legal: B40.266-91
ISBN.: 84-7770-222-5
Impreso en España - Printed in Spain

Breve noticia de la vida y escritos del P. JUAN NICOLÁS GROU, S.J.

BIBLIOGRAFÍA.

Cadrès, S.L. Notice sur la vie et les ouvrages du P. Joan Nicolas Grou S.J., París, 1862, 8º.

J. Noury, S.J. Le livre du jeune homme. Avant-propos. París, 1874.

Caballero, S.J. Biblioth. Scriptorum S.J. Suppl. 2 p. 44

Sommervogel, Bibliothèque des écrivains de la C. de J.

Feller, Dict. historique.

Michaud, Biographie universelle.

Etudes Religieuses. Art. del P. de Bonniot. Diciembre de 1888 y Enero de 1889.

L'ami de la Religion, t. 31, p. 65 y sig.

Guilhermy, S.J. Ménologe de la Comp. de Jésus. Assistance de France, t. II, p. 600 y sig

Orihundo de la Diócesis de Boulogne-sur-Mer, el Padre Juan Grou vino al mundo en el pueblo de Calais (Pasde-Calais), el día 24 de Noviembre de 1731; y a la tierna edad de los 15 años abrazó el Instituto de la Compañía de Jesús, entrando en el

noviciado de la provincia de Campania (Francia), en Noviembre de 1746. Hecho los votos del bienio aplicáronle al estudio las Humanidades y Retórica, en las cuales salió tan aventajado que pudo enseñarlas después con gran lucimiento en el Colegio de Pont-a-Mousson. Durante su magisterio depuróse más y más su gusto literario, a medida que iba ensanchándose la esfera de sus conocimientos; por manera que hizo concebir muy fundadas esperanzas de que sería con el tiempo un humanista de primer orden. Aficionóse especialmente a Platón y a Cicerón por hallar en ellos, junto con una riqueza incomparable de estilo, más elevación de ideas y una moral más pura que en los demás autores paganos. El primer fruto de sus asiduos trabajos literarios fué la traducción francesa de la República de Platón, a la que siguió muy pronto la del libro de Las Leyes, y algo más tarde la de Los Diálogos, del mismo autor [1] . Durante la época de sus estudios y magisterio, supo hermanar admirablemente su aplicación a las letras con el ejercicio de las virtudes propias de un perfecto religioso; por manera que toda su conducta nos ofrece un perfecto modelo de estudiantes de la Compañía de Jesús.

Concluídos sus estudios teológicos, se ordenó de sacerdote; y apenas elevado a tan sublime dignidad, sobre todo después de unos ejercicios, a los cuales solía él llamar por humildad la época de su verdadera conversión y unión con Dios, el Padre Grou parecía haber recibido en muy alto grado, juntamente con el don de oración, una habilidad y gracia especial para encaminar y dirigir las almas que aspiran a las más elevadas cumbres de la perfección cristiana. Sus numerosas obras ascéticas y místicas respiran tanta unción y espíritu, que revelan bien a las claras un alma en quien reinaba en toda su plenitud el espíritu de Dios, a la par que campea en ellas tan perfecto domi-

----

1 La république de Platón, París 1762. 2 vol. 8º. --Loix de Platón, Amsterdam 1769, 2 vol. 8º. --De estas tres traducciones se han hecho en Francia numerosas ediciones, ora por separado, ora formando parte de las obras completas de Platón, traducidas al francés. Uno de los traductores del célebre filósofo griego, Victor Cousin, no hizo otra cosa que copiar literalmente al Padre Grou, con ligerísimas variantes ó correcciones de estilo, no siempre acertadas. Cf.los artículos que ha dedicado á este asunto el Padre J. de Bonniot S.J. en los Etudes religieuses (1888-1889), t. 45, págs. 569-93 y t. 46, págs. 50-64.

nio de la ascética y mística cristianas, así teórico como práctico, que con razón se le puede llamar maestro consumado en estas dos ciencias.

Poco antes de ordenarse de sacerdote el P. Grou fué suprimida en Francia la Compañía de Jesús, en virtud de una sentencia jacobina --dictada por el Parlamento de París el 6 de Agosto de 1762 [1]; más como él moraba a la sazón en Mont-a-Mousson, situado en la provincia de Lorena, vióse exceptuado de aquella inicua proscripción, por cuanto Estanislao de Polonia, que por aquel entonces reinaba en aquella provincia y en las de Alsacia, Franco Condado, Artois y Flandes, se negó resueltamente a poner en ejecución la sentencia draconiana del parlamento, proclamando a la faz de Francia que los hijos de Ignacio "eran los súbditos más fieles del Rey de Francia y la más segura garantía para conservar la moralidad y cultura de los pueblos" .

Hizo los últimos votos en el mencionado Colegio, pero sobreviniendo poco después la muerte de Estanislao, viéronse los jesuítas expulsados también de Lorena; por lo cual vióse precisado a trasladarse a París donde tomó el nombre de P. Clair. Durante su permanencia en la capital de Francia, llevaba una vida sumamente retirada, compartiendo el tiempo entre el estudio y los ejercicios de piedad, a los cuales consagraba muchas horas del día. Al principio, el celoso Arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, dióle el encargo de escribir sobre materias religiosas y apologéticas, señalándole una modesta pensión con que pudiera atender a las necesidades más perentorias de su existencia; más pronto vióse privado de aquel pequeño alivio, a consecuencia de haber sido desterrado el venerable Arzobispo, con motivo de su célebre Instrucción Pastoral en defensa de la Compañía de Jesús. No por esto desis-

----

1 Después que hubieron sido expulsados de Francia los Jesuítas, trabajó incesantemente el P. Grou en defender á la Compañía de Jesús de los ataques y calumnias que los jansenistas y enciclopedistas lanzaron contra ella. Además de las dos Cartas dirigidas a M*** Conseilleur au Parlament de París (Roma 1763), en que prueba contundentemente que el supuesto Edit de Bannissement des Jésuites, dado por Enrique IV en 1595, no es otra cosa que una infame superchería literaria, colaboró el P. Grou y casi redactó por entero, bajo la dirección del P. Sauvage, la obra titulada: Réponse au livre intitulé: Exttraits des assertions dangereuses et pernicieuses en tou genre, que les soi-disants Jésuites ont, dans tous le temps et persévéramment soutenus... S. ¡. 1763-1765. 3 vol 4º.. Fué traducida esta obra al castellano y publicada en Aviñón, en 1763-66.

tió el P. Grou de la tarea comenzada, sino que perseveró en ella con invencible constancia, consagrando al estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ejercicios de piedad y los cuidados anejos a su ministerio sacerdotal.

Fruto sazonado de sus incesantes desvelos y asidua laboriosidad fueron varias obras ascéticas que por entonces publicó. La primera de este género fué la que intituló: Moral sacada de las Confesiones de San Agustín [1] , en la que se propuso principalmente presentar a buena luz la moral cristiana, en frente de los sistemas filosóficos de los enciclopedistas, apoyándose en los principales escritos del santo Obispo de Hipona. A esta obra fueron sucediéndose, con breves intervalos, otras tres: *Caracteres de la verdadera devoción* [2] *--Máximas espirituales, seguidas de aclaraciones* [3], *y La ciencia del crucifijo en el uso de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.* [4]

Por aquel mismo tiempo redactó también las conferencias espirituales, que forman el presente volumen, las cuales hizo çopiar para uso de una señora piadosa, perteneciente a la aristocracia francesa, cuya alma dirigía el P. Grou. El precioso manuscrito se conservó mucho tiempo en poder de la mencionada señora, hasta que en 1833 se dió a la estampa con el título de *Manual de las almas interiores* [5]

----

1 Morale tirée des Confessions de Saint Augustin, París, 1766, 2 vol 8º. Ha sido traducida esta obra al alemán, inglés é italiano.

2 Caractères de la vraie dévotion, París, 1778. De esta obra preciosa se han hecho más de 50 ediciones en francés, y ha sido traducida al alemán, inglés, castellano, italiano y flamenco.

3 Maximes spirituelles avec des explications, París, 1789. Se ha reimpreso también mucjísimas veces en su texto original, y fué además traducida al alemán.

4 La science pratique du Crucifix dans l'usage des Sacréments de Pénitence et d'Eucharistie, París, 1790. Además de haber sido reimpresa muchas veces, fué traducida esta obra al alemán y al castellano. El libro titulado: La science du crucifix, que muchos autores han atribuído al P. Grou, y lo han publicado con su nombre, es del P. Marie, S.J. en 1783 se publicó una nueva edición de esta obra, revisada por el R.P.G.***, y algunos interpretaron la sigla G.***, por Grou, cuando en realidad debe interpretarse Gasté, S.J., que fué quién revisó la mencionada edición.

5 Consta dicho manuscrito de 9 cuadernos en 12º. Como fueron redactados en diversas épocas y circunstancias, y sin plan preconcebido, no es de extrañar que haya en ellos algunas repeticiones. En el presente arreglo se han suprimido las más notables, y al mismo tiempo se han modificado ciertas ideas y maneras de decir, que si bien en la mente del autor tienen una explicación plausible; con todo podrían dar pie á que algún lector quisquilloso ó poco instruído, las tomara en sentido quietista, de lo cual anduvo muy lejos e l P. Grou. Por esta razón se ha n suprimido semejantes

No fué tan afortunado otro manuscrito del P. Grou, que a no dudarlo contenía su obra maestra, a la cual había consagrado más de catorce años de incesantes desvelos y fatigas.

Al estallar la Revolución francesa anduvo algún tiempo perplejo el P. Grou acerca de la resolución que le convendría tomar en aquellas tristísimas y difíciles circunstancias. Resolvió al fin quedarse en París y permanecer allí oculto para poder ejercitar los ministerios espirituales con los católicos perseguidos, aunque adoptando las precauciones que aconsejaba la prudencia y el caso requería mas al cabo de pocos meses, cediendo a las vivas instancias de varias personas prudentes y autorizadas, juzgó deber suyo trasladar su residencia á Inglaterra, donde un hermano suyo en religión le deparó generosa hospitalidad en el castillo de un noble católico inglés, llamado Tomás Weild. Al abandonar a París, confió el manuscrito de la obra antes mencionada, a una señora de calidad; más como durante la época del Terror prendieran y encarcelaran los revolucionarios a la noble dama, sus criados arrojaron a las llamas el precioso depósito, temerosos de que pudiera contener algo que comprometiera a su señora.

Supo el P. Grou la irreparable pérdida algún tiempo después, pero era tal su presencia de ánimo y conformidad con la voluntad de Dios, que no salió de sus labios la más mínima queja, sino que dijo sencillamente, al que le daba tan triste nueva : *"Loado sea Dios. Si El hubiera querido sacar algún provecho de esta obra para su gloria, la hubiera sin duda preservado de las llamas"*.

Apenas albergado en el castillo del noble Tomás Weld, se atrajo el P.Grou la veneración y afecto de todos los miembros de aquella piadosa familia, que le eligió por su director espiritual. Su amabilidad y dulzura en el trato, su prudencia consumada y el conocimiento, así teórico como práctico, que había adquirido en lo tocante a las vías interiores del espíritu, conciliáronle el amor y confianza no sólo de la familia que le daba generoso albergue, sino también de todas las personas que tuvieron la dicha

----

conceptos, con el fin de que la obra pudiera ponerse en manos de toda clase de personas, así religiosas como seglares, sin peligro de falsas interpretaciones y con grande aprovechamiento espiritual de las almas.

de confiarle la dirección de sus almas, a las cuales procuraba él encaminar por las sendas de la más alta perfección cristiana.

Durante los treinta años que sobrevivió a la extinción de la Compañía de Jesús, decretada por Clemente XIV, el P. Grou no cesó jamás de observar, con inviolable fidelidad, todas las reglas de su Instituto hasta en sus menores detalles y con la misma distribución del tiempo. Levantábase todos los días a las cuatro de la madrugada, consagrando una hora, por lo menos, a la oración mental. Terminada ésta rezaba con gran recogimiento las horas menores y se preparaba para la celebración de la santa Misa, que jamás omitió hasta que se vió imposibilitado para celebrarla durante su última enfermedad. Observó fielmente hasta la muerte el voto de pobreza,no queriendo tener ni disponer de nada como de cosa propia: cuando le faltaba algo que creía ser necesario a su subsistencia, o para proseguir los trabajos literarios que llevaba entre manos [1], lo pedía con sencillez y humildad religiosa a su generoso y noble bienhechor, a título de limosna y en nombre de Jesucristo.

Probole Dios con frecuentes enfermedades, dolores corporales y tribulaciones espirituales de todo género; pero las terribles persecuciones de que fué víctima la Compañía de Jesús, a la cual amó siempre como a la más cariñosa de las madres; la proscripción y el destierro de su patria, sumida en la más espantosa revolución y anegada sangre; las desolaciones y penas interiores con que Dios iba acrisolando más y más su hermosa alma, eran para el P. Grou todavía muchísimo más sensibles y penosas que los dolores del cuerpo, tales como la parálisis, ahogos continuos y una hidropesía terrible que le forzaba a permanecer día y noche, sentado, inmóvil y como clavado en un sillón. Más a pesar de todo siempre se le veía sereno y tranquilo, aceptando no sólo con entera resignación sino también con alegría sus penas y sufrimientos, que parecían dar nuevo brillo a la serenidad y apacibilidad de su semblante y

----

1 Durante su permanencia en Inglaterra publicó el P. Grou su obra titulada Méditations, en forme de retraite, sur l'amour de Dieu, avec un petit écrit sur le don de soi-meme à Dieu, Londres, 1797. De ambas obras se han tirado muchísimas ediciones. La 1a. ha sido traducida al castellano, alemán é italiano, y la 2a., Du don de soi-meme à Dieu, ha sido también publicada por separado en francés, alemán, castellano, italiano y flamenco.

de su amable trato. Después de diez meses de crueles dolores, que no fueron obstáculo para que siguiera ejerciendo el ministerio apostólico de la dirección de las almas, y durante los cuales recibía dos veces por semana la sagrada comunión, exhaló su último suspiro, estrechando amorosamente entre sus manos el crucifijo de los votos y exclamando: *"Oh Dios mío! ¡cuán dulce es morir en vuestros brazos! "*.

Acaeció su precioso tránsito el día 13 de Diciembre de 1803, a los 70 años de su edad.

A su muerte dejó el P. Grou inéditas numerosas obras, las cuales fueron religiosamente custodiadas por la noble familia que le dió generosa hospitalidad en Londres, y más tarde fueron entregadas a los que habían sido sus hermanos en Religión. En 1815, doce años después de la muerte de su autor, publicóse por vez primera *El interior de Jesús y María* [1], a no dudarlo, una de las más notables que salieron de la pluma de nuestro sabio y fecundo escritor. De ella se han hecho en Francia, hasta la fecha, más de 40 ediciones, y además existen, de la misma, dos traducciones alemanas, dos inglesas,otras dos italianas, una castellana y otra flamenca.

El P. Laurenson, S.J., publicó en 1817 una traducción inglesa de otra obra del P. Grou titulada: The Christian sanctified by the Lord´s Prayer[2] (El cristiano santificado por la oración del Padre Nuestro). Esta traducción inglesa fué a su vez vertida al francés en 1832, y reeditada varias veces, hasta que en 1858 el P. Cadrés publicó el texto original, que fué traducido más tarde al alemán y al italiano.

El Manual de las almas interiores no vió la luz, según dijimos

----

1 L'intérieur de Jésus et Marie, París 1815, 2 vol. 8º Existen dos manuscritos distintos de esta obra, ambos autógrafos; y aunque el primero evidentemente no estaba destinado al público fué impreso y reimpreso varias veces sirviéndose los editores, no del manuscrito original, sino de una copia llena de equivocaciones. El segundo manuscrito, completamente mejorado por el autor, que lo tenía ya preparado para la impresión, no vió la luz pública hasta 1862 en que lo editó P. Cadrés, S.J. La traducción castellana publicada en Barcelona por los herederos de la Viuda Plá e 1841 (y lomismo se diga dela que hizo D. Joaquín Roca y Cornet en 1846, corregida y reeditada por el P. Ramón Buldú en 1867), están tomadas de la edición francesa incorrecta.

2 Le chrétien sanctifié par l'oraison dominicale, París, 1832.

arriba, hasta el año 1833 [2], habiéndose tirado desde entonces acá más de 25 ediciones en su texto original. Tradújose al flamenco en 1852, al italiano en 1859; nuevamente al mismo idioma en 1868, al aleman en 1867, al inglés en 1871 y en 1889 hízose otra nueva traducción inglesa; y ahora ve la luz pública por vez primera en castellano. Otro libro del P. Grou titulado Le livre du jeune homme, ou maximes pour la conduite de la vie[3], no llegó a publicarse hasta el año 1874, revisado por el P. Juan Noury. Había el P. Grou compuesto esta obra para la dirección deun joven inglés. Finalmente en 1885, el P.J. Doyotte. S.J., editó por vez primera, L'Ecole de Jésus-Christ[4], precedida de una introducción.

Quedan todavía inéditas otras muchas obras importantes del P. Grou, cuyos manuscritos originales, en su mayor parte, se conservan en la Biblioteca de la Escuela de Santa Genoveva, S.J. en París. Entre ellas merecen citarse: Retraite sur ce que c'est qu'un chrétien.-- Retraite sur le don de soi-meme à Dieu.-- Retraite sur la connaissance et l'amour de Jésus-Christ.-- Retraite sur la Paix de l'homme.-- Novi Testamenti versio vulgata, e graeco emendata.-- Corrections de tout le texte de Ciceron.-- Corrections sur tout le texte d'Horace.-- Corrections du texte de Massillon, etc.

No quiero poner fín a este sencillo bosquejo sin hacer notar que casi todas las obras del P. Grou, así las publicadas en vida del autor, como las que lo fueron después de su preciosa muerte, siguen reeditándose todavía no sólo en su texto original sino también en las lenguas á que han sido traducidas; lo cual habla muy alto en favor de su mérito literario y ascético.

JAIME PONS, J.S.

----

1 Manuel des ames intérieures, París, 1833.
2 París, 1874.
3 París, 1885.

MANUAL

DE

LAS ALMAS INTERIORES

I

De la verdadera y sólida devoción

La palabra devoción, de la voz latina devovere (consagrarse, dedicarse), equilave a la de consagración o dedicación. Una persona devota es una persona consagrada a Dios. No hay expresión más exacta que esta de consagración, para denotar el aparejo interior del alma que está resuelta a aceptarlo y sufrirlo todo por aquel a quien está consagrada.

La consagración hecha a las criaturas (se entiende cuando es legítima y autorizada por Dios) tiene necesariamente sus límites; pero la que se hace a Dios ni los tiene, ni puede tenerlos. Desde el momento en que se le pusiera la menor reserva o la más ligera excepción, ya no sería verdadera consagración.

La verdadera y sólida devoción consiste, pues, en aquella disposición sincera del alma con la cual estamos prontos a hacer y sufrir, sin excepción ni reserva, todo aquello que sea del gusto

de Dios. Esta disposición es el don por excelencia del Espíritu Santo. Nunca será excesivo, ni el ardor ni la frecuencia con que lo pidamos; y jamás podremos gloriarnos de poseerlo en toda su perfección, puesto que siempre puede crecer, sea en sí mismo, sea en sus efectos.

Se comprende por esta definición, que la devoción es cosa interior y que procede de lo más íntimo de nuestro ser, puesto que afecta al fondo del alma en lo que tiene de más espiritual, a saber: la inteligencia y la voluntad. La devoción no consiste pues en el raciocinio, ni en la imaginación, ni en la sensibilidad. No somos devotos precisamente porque sepamos razonar bien acerca de Dios; ni porque tengamos grandes ideas y bellas imágenes acerca de objetos espirituales, ni porque alguna vez hayamos experimentado consuelos sensibles, aunque fuere hasta derramar lágrimas.

Se ve también que la devoción no es cosa transitoria, sino habitual, fija y permanente; que abraza todos los instantes de la vida y debe regular toda nuestra conducta.

La esencia de la devoción consiste en que, siendo Dios la única fuente y el autor único de la santidad, la criatura racional dependa de Él en todo, y se deja gobernar absolutamente por su espíritu. Debe por tanto permanecer la criatura unida a Dios en su interior, siempre atenta a escucharle dentro de sí misma, siempre fiel en cumplir lo que le pida en cada momento. De aquí que sea imposible ser verdaderamente devoto, sin llevar una vida interior y recogida, entrando frecuentemente dentro de sí mismo, o más bien no saliendo jamás de sí y gozando de la pacífica posesión de su alma.

Nunca llegará a ser realmente devoto quien se entregue a la vida de los sentidos, de la imaginación y de las pasiones; no ya en cosas malas y pecaminosas, pero aun en las meramente indiferentes: porque el primer paso para la verdadera devoción, es cautivar los sentidos, la imaginación y las pasiones, sin permitirles imperio alguno desordenado sobre la voluntad.

Quien sea amigo de curiosear, precipitado en sus obras y derramado al exterior, metiéndose a cada paso en negocios que le son ajenos, es imposible que sepa morar dentro de sí mismo. El murmurador, mentiroso, burlón, violento, desdeñoso, altivo y

susceptible en todo lo que toca a su amor propio; el que es apegado a su propio juicio, obstinado, terco, esclavo del respeto humano y del aura popular, y por consiguiente débil, inconstante y variable en sus principios y en su conducta, no será jamás devoto, en el sentido que hemos explicado.

El verdadero devoto es hombre de oración, que halla sus delicias en tratar con Dios, cuya presencia no pierde nunca, o casi nunca, de vista; no precisamente porque siempre esté pensando en Dios, lo cual es imposible en la presente vida, sino porque está unido siempre a Él con el corazón y se deja llevar del espíritu de Dios en toda su conducta.

Para hacer oración no necesita libros, ni de fórmulas, ni de esfuerzos de imaginación, ni siquiera de voluntad. Le basta con sólo recogerse suavemente dentro de sí mismo, pues allí encuentra siempre a Dios, en santa paz; unas veces jugosa, otras quizás desabrida, pero siempre íntima y real.

Prefiere aquella oración en que tenga que dar mucho de sí propio a Dios, aquella oración en que halle algo que sufrir, en que el amor propio se vea poco a poco minado y no encuentre pasto alguno; en una palabra, la oración sencilla, desprovista de imágenes, de consolaciones sensibles y de todo aquelo que el alma puede experimentar o sentir en cualquiera otra especie de oración.

El verdadero devoto no se busca a sí mismo en nada que pertenezca al servicio de Dios, y tiene por norma de su conducta espiritual aquella máxima de la *Imitación*: Déjalo todo y lo hallarás todo. Dondequiera que hallares algo de ti mismo, renúncialo" [1].

El verdadero devoto se esfuerza en cumplir perfectamente todos los deberes de su estado y aun en atender a las verdaderas y legítimas conveniencias de la sociedad. Es fiel en sus ejercicios de devoción sin ser esclavo de ellos; los interrumpe, los suspende y hasta los deja si fuere necesario alguna vez, por exigirlo así la razón o la obediencia: con tal de que no haga su voluntad, está siempre seguro de hacer la de Dios.

El verdadero devoto no anda a todas horas desasosegado bus-

----

1 Lib. II, cap. XXII, n. 1.

cando entretenimientos y quehaceres exteriores, sino que espera se presente la ocasión para practicarlos. Hace de su parte cuanto puede para el buen resultado de los negocios u ocupaciones que trae entre manos; pero no huye de éstas cuando lo exigen así la gloria de Dios o la edificación del prójimo.

El hombre devoto no se agobia con oraciones vocales y prácticas piadosas que no le dejarían tiempo para nada. Conserva siempre la libertad de espíritu: no vive escrupuloso e inquieto respecto de sí mismo, sino que sigue su marcha con sencillez de corazón y confianza.

Tiene el firme propósito de no negar nada a Dios, ni conceder nada a su amor propio; está firmemente resuelto a no cometer falta alguna voluntaria, pero no por eso vive inquieto; procede con llaneza y sin preocuparse de mezquindades. Si cae en alguna culpa no se turba, sino que se humilla, se levanta y no se preocupa más de ella.

No se extraña de sus debilidades, ni de sus imperfecciones, y jamás se deja abatir por el desaliento a causa de ellas. Tiene la íntima convicción de que nada puede por sí mismo, pero que con el auxilio divino lo puede todo. No confía en sus resoluciones y buenos propósitos, sino solamente en la gracia y en la bondad de Dios. Aun cuando cayere cien veces al día, no se acobardaría, sino que tendería amorosamente las manos a Dios, rogándole que le levantase y que se compadeciera de su debilidad.

El verdadero devoto tiene horror al mal, pero aún es más intenso su amor al bien. Piensa más en practicar la virtud que en evitar el vicio. Generoso y magnánimo, no teme las heridas cuando se trata de exponerse por su Dios. En una palabra, prefiere hacer el bien, aun a riesgo de cometer alguna imperfección, que dejar de practicarlo por no exponerse al peligro de pecar.

No hay nada tan agradable en el trato social como un verdadero devoto. Es sencillo, recto, franco, sin pretensiones, manso, solícito, firme y sincero; su conversación es alegre y apacible, sabe prestarse a las distracciones honestas y lleva su condescendecia a todo lo que no envuelva ofensa de Dios.

Dígase lo que se quiera, la verdadera devoción no es triste y

desabrida, ni para el que la practica ni para los que le rodean y tratan. ¿Cómo podría estar dominado por la tristeza quien continuamente goza del verdadero y único bien del hombre, que es Dios?

Las pasiones desordenadas, la avaricia, la ambición, la lujuria y el orgullo son las que engendran la tristeza. Para distraerse de los pesares y remordimientos que les corroen el corazón, se lanzan muchas veces los mundanos a esos placeres tumultuosos, los varían sin cesar y agotan las energías del alma sin que logren jamás saciarla.

Mas el que se consagra de veras al servicio de Dios, experimenta la verdad de aquella máxima: *"servir a Dios es reinar"*, aun en medio de los mismos desprecios, de la pobreza y de los sufrimientos. Y al revés, todos los que buscan su felicidad fuera de Dios, experimentan indefectiblemente cuán profunda verdad encierran aquellas palabras de San Agustín: "Hicísteisnos, Señor, para Vos, y nuestro corazón anda siempre inquieto y agitado, hasta que reposa en Vos."

II

Idea de la verdadera virtud

Hay muy pocos cristianos, aun entre los que se han consagrado a Dios de un modo especial, que tengan idea exacta de la verdadera virtud, muchos, en efecto, la hacen consistir en cierta rutina de piedad, y en la fidelidad a ciertas prácticas exteriores. Si juntamente con esto gozan, a intervalos, de algunos momentos de devoción sensible, sin discernir si ésta viene de Dios o de sus propios esfuerzos, se creen ya sólidamente virtuosos. Sin embargo, estos tales están sujetos a mil defectos, de los que ni siquiera se dan cuenta, y que en vano trataría uno dehacérselos reconocer. Son apocados, meticulosos, escrupulosamente exactos en sus prácticas piadosas, llenos de propia estimación, extremadamente susceptibles, aferrados a su juicio,

concentrados en su amor propio, fastidiosos y afectados en su modo de proceder: en una palabra, nada hay en ellos que revele la sinceridad, sencillez y naturalidad propia de las personas sólida y verdaderamente devotas.

Interiormente se estiman en más a sí propios que a sus semejantes, despreciando, condenando y persiguiend, hasta en los santos, la verdadera piedad, que ni siquiera conocen por el forro. Nada hay más común, en lo que podríamos llamar piedad mundana, que esa justicia falsa y farisaica. Las personas piadosas de verdad no tienen enemigos más temibles. Para retratarlos con un solo rasgo, podría decirse que esos falsos devotos son los descendientes de los que crucificaron a Jesucristo y los que le crucifican todavía en la persona de sus más perfectos imitadores. Desde el momento en que una persona se dé con todo su corazón a Dios y se aplique a la vida interior, puede tener la seguridad de que será el blanco de los celos y la crítica, y aún quizá de las calumnias y persecuciones de esos devotos farisaicos.

Si queremos comprender de raíz en qué consiste la verdadera virtud, es preciso considerarla en el mismo Jesucristo; puesto que Él es el único modelo que nos ha sido dado por el eterno Padre, para hacernos sensible y palpable la santidad. Por manera que toda santidad que no esté fundada y moldeada sobre la de Jesús es falsa, desagrada a Dios, engaña a los hombres y resulta completamente inútil para merecer el cielo. Estudiemos pues a Jesucristo, a fin de conocerle lo más perfectamente posible, y procuremos a la vez trasladar a nuestras almas su divina imagen, para lo cual necesitamos continuamente su luz y sus gracias.

Jesucristo jamás se buscó a sí mismo, ni puso la mira en sus intereses temporales ni espirituales: nunca hizo una sola acción con el exclusivo objeto de agradar a los hombres, ni se abstuvo de ninguna buena obra por el temor de disgustarles. Dios solo, su gloria y su voluntad, fueron el único objeto de sus pensamientos y de sus afectos, la única regla de su conducta. El lo sacrificó todo, sin reserva alguna, a los intereses de su Padre.

Jesucristo nos enseña prácticamente que la piedad verdadera consiste, ante todo y sobre todo, en las disposiciones interiores

que animan nuestro corazón; no en sentimientos vanos e ilusorios, sino en sentimientos sinceros y eficaces, que se traducen siempre en obras: o sea, en una disposición constante y eficaz de consagrarse a Dios, anonadarse a sí mismo y amar a los hombres sin límite ni medida. Todos los instantes de su vida los consagró Jesús a la realización de estas tres disposiciones. No despreció la observancia de ningún punto de la Ley; pero al mismo tiempo declaraba con su palabra y con su ejemplo, que esta observancia debía proceder de un principio íntimo de amor, y que la simple práctica de la letra, hacía más bien esclavos que hijos de Dios.

Jesucristo consideró siempre la vida presente como cosa transitoria, como una peregrinación, como un tiempo de prueba, únicamente destinado a demostrar con las obras el amor que profesaba a su Padre. Sólo lo que es eterno ocupó constantemente su espíritu. Concedió a la naturaleza lo estrictamente necesario sin excederse en un ápice. Aunque nunca tuvo nada y estuvo siempre pendiente de la Providencia, jamás se preocupó del día de mañana, y quiso experimentar más de una vez los efectos de la santa pobreza.

Jesucristo eligió para sí lo que es más penoso para el hombre, y que de ordinario, éste no acepta sino forzado por la necesidad de su condición. Nunca reprobó las riquezas de una manera absoluta, pero prefirió para sí la pobreza. No condenó las dignidades, ni las manifestaciones externas de distinción y honor que el mismo Señor ha establecido entre los hombres; pero nos enseñó al mismo tiempo que el estado humilde, obscuro y privado de todo género de consideraciones, es de ordinario más agradable a Dios y más propicio para alcanzar la salvación; y que preferise a los demás por el solo hecho de haber heredado un nombre ilustre, noble, poderoso y autorizado, no sólo es gravísimo error sino también manantial de muchas faltas. Excepción hecha de aquellos placeres naturales que el Criador puso en ciertos actos, cuyo uso está sometido a las más severas reglas, Jesús dió mano enteramente a todos los otros géneros de placeres que los hombre buscan con tanta ansia, prohibiéndose aun los más inocentes. El trabajo, las tareas apostólicas, la oración la evangelización de sus discípulos y de

los pueblos, llenaron todos los momentos de su existencia.

Jesucristo fué sencillo, igual, sin afectación en sus palabras y acciones. Enseñó, con toda la autoridad que correspondía a un Hombre-Dios, las cosas más sublimes, completamente ignoradas de los hombres antes que Él se las manifestara. Pero expuso su doctrina de una manera fácil, familiar, desprovista de toda pompa y vana elocuencia, y al alcance de todas las inteligencias. Sus milagros, divinos en sí mismos, lo son todavia más por el modo sencillo con que los realizó. Quiso además que la narración de los evangelistas respondiese a la sencillez de su vida. Es imposible expresar con menos ostentación hechos y discursos que llevan el sello de la divinidad.

Jesucristo sintió tierna compasión para con los pecadores, sinceramente humillados y arrepentidos de sus faltas."No he venido , decía, a llamar a los justos sino a los pecadores" [1] . El publicano, la Magdalena, la mujer adúltera, la samaritana y otros mil, fueton tratados por Él de una manera tan delicada que no puede menos de asombrarnos. En cambio el orgullo, la hipocresía y la avaricía de los fariseos, fueron el objeto constante de sus censuras y de sus maldiciones. Los pecados internos a que están más sujetos los falsos devotos que los otros, fueron los que Jesús condenó con mayor severidad, porque denotan más ceguera en el espíritu y mayor corrupción de corazón.

Jesucristo soportó con dulzura inalterable los defectos y la rudeza de sus apóstoles. Considerando las cosas según nuestro modo de ver, ¿cuánto no debió sufrir teniendo que alternar con hombres tan imperfectos e ignorantes de las cosas de Dios? Puede asegurarse con toda verdad que el trato con los hombres es de las cosas que más sacrificios cuestan a las personas espirituales Cuanto más íntimo es su trato con Dios, mayor necesidad tienen de condescendencia para abajarse, adaptarse, disimular y excusar en los demás mil defectos que ellos, mejor que nadie conocen. Este es un punto de capital importancia en las personas devotas, puesto que de la conducta que observen en esto, depende el que la virtud se haga amable o repulsiva a aquellos con quienes tratan.

Jesucristo sufrió de parte de sus enemigos todo género de

persecuciones, sin ceder jamás de sus nobles propósitos. No les opuso más que su inocencia y la verdad; y con sólo estos medios les confundió siempre. Llegada la hora de entregarse en sus manos, dejó libre curso a sus depravadas pasiones, a las cuales miraba como instrumentos de la justicia divina. Calló cuando les vió obstinados en su malicia; nunca trató de justificarse, lo cual hubiérale sido sumamente fácil; permitió que le condenaran a la muerte infamante de cruz y que se gozaran con su pretendido triunfo; les perdonó, rogó y derramo su sangre por ellos, que es lo que constituye el punto más sublime y difícil de la perfección cristiana.

Todo aquel que aspira a la verdadera santidad y quiere ser conducido en todo por el espiritu de Dios, debe estar dispuesto a ser llevado en lenguas de los hombres, a devorar en silencio sus calumnias, y a las veces también, a ser el blanco de sus más violentas persecuciones. En esto principalmente debemos proponernos por modelo a Jesucristo; en sostener con todas nuestras fuerzas y contra viento y marea, los intereses de la verdad; en no responder a las calumnias sino con la inocencia de nuestra vida; en guardar silencio, cuando no haya necesidad absoluta de hablar, dejando a Dios el cuidado de justificarnos ante los hombres, cuando a El le plazca; en sofocar dentro de nuestro corazón todo resentimiento y toda acritud, procurando así ganarnos a nuestros mismos enemigos, aun a costa de los más penosos actos de caridad; en rogar a Dios que les perdone las ofensas que nos infieran, viendo en ellas el cumplimiento de los designios que Dios tiene sobre nosotros. Cuando la virtud ha sido probada y acrisolada por medio de toda clase de desprecios, oprobios y malos tratamientos, se la puede considerar ya como consumada. Así es que Dios reserva ordinariamente semejantes pruebas para el fin. ¡Dichosos los que pasan por ellas! Ellos tendrán, en la participación de la gloria de Jesucristo, una parte proporcionada de la que han tenido en sus humillaciones. Desean verse en tal estado, aceptarlo cuando se presenta, y no desfallecer en él, es, a no dudarlo, puro efecto de la gracia: y no de una gracia como quiera, sino del todo extraor-

----

1 Matth. IX, 13.

dinaria, pero que Dios no la niega nunca al alma, cuando ésta se halla dispuesta y aparejada para recibirla.

III

Medios para llegar a la verdadera y sólida devoción

El primer medio, facilísimo a primera vista, pero en realidad sumamente difícil, consiste en querer; no como quiera sino con voluntad sincera, completa, eficaz y constante. ¡Cuán rara es esta voluntad! Nos parece muchas veces que la poseemos, pero en realidad andamos muy lejos de ella. Son deseos vanos, veleidades,caprichos, que no van acompañados de una voluntad sincera, enérgica y decidida.

Quisiéramos ser devotos, pero a nuestro modo, hasta cierto punto, con tal de que no nos costara demasiado. Quisiéramos, pero nada más. No pasamos a la práctica, sino que volvemos atrás cuando se presenta la ocasión de poner manos a la obra, para superar los obstáculos que se nos presentan en el ejercicio de la virtud, combatir nuestros defectos, luchar contra nuestra naturaleza y sus viciosas inclinaciones. Queremos hoy, comenzamos tan vez con ardor, más pronto nos abate el cansancio. Emprendemos la cosa, pero luego la dejamos; y casi nunca acabamos de persuadirnos que el éxito de nuestra empresa estriba en la constancia.

Pidamos pues a Dios con todo ahinco esta buena voluntad; pidámosela todos los días, y procuremos con nuestra constante fidelidad de hoy obtenerla para el día siguiente.

El segundo medio consiste en trazarnos desde el principio un plan de vida y ser exactos en su observancia. No conviene cargarse mucho de una vez, sino que es mejor ir aumentando los ejercicios piadosos insensiblemente y por grados. Claro está que en todo esto hay que tener en cuenta la salud, la edad, el estado de cada cual y los deberes que éste nos impone; pues fuera devoción mal entendida, la que nos impidiera el cumplimiento de los deberes propios de nuestro estado.

El tercer medio consiste en habituarnos a guardar continuamente la presencia de Dios. Para ello es preciso asentar bien fija en nuestro corazón la idea de que el alma que vive en gracia de Dios es morada de la Santísima Trinidad y por lo mismo que no tenemos necesidad de ir a buscar a Dios fuera de nosotros mismos, puesto que basta recogernos para hallarle en nuestro interior: allí está y mora de asiento, siempre dispuestos a inspirarnos santos pensamientos y generosos afectos que nos inclinen y aficionen al bien y aparten del mal.

Lo que se llama la voz de la conciencia no es otra cosa que la voz del mismo Dios, que nos amonesta y reprende, nos ilumina y dirige por medio de ella. Todo nuestro empeño ha de consistir, pues, en estar atentos y ser fieles en dar oídos a esta voz. Ahora bien, claro está que la disipación de espíritu, la agitación y el tumulto de las pasiones nos impiden permanecer atentos a la voz de Dios, que sólo se deja oir cuando reinan en el alma la soledad, la paz, el silencio de las pasiones y de la imaginación. El paso más decisivo que puede dar el alma hacia la perfección consiste, por lo tanto, en mantenerse habitualmente en estado de oir la voz de Dios, evitando todo lo que la disipe, todo lo que la inquiete, todo lo que la impresione violentamente. Mas para ello se requiere de nuestra parte gran dominio sobre nosotros mismos, velar constantemente sobre las entradas y salidas del corazón, y combatir sin tregua ni descanso nuestros afectos desordenados.

El cuarto medio consiste en dedicar algunos ratos del día al trato con su divina Majestad, recogiéndonos en su presencia, hablarle, no con la boca, sino con el corazón, y escuchar sus respuestas.

En esto consiste principalmente lo que llamamos oración mental. Para irse acostumbrando a ella, puede uno, a los principios, ayudarse del libro *La Imitación de Cristo*, haciendo una pausa en cada verso, meditando y saboreando dulcemente la doctrina que en él se contiene. En los comienzos será suficiente dedicar a esto un cuarto de hora por la mañana y otro por la tarde; aunque claro está que sería de sumo provecho para nuestras almas si empleáramos en tan santo ejercicio, media hora a la mañana, por lo menos. Cuando se haya adquirido ya

cierta facilidad en meditar, podráse en muchas ocasiones prescindir del libro, después de haber tomado en él los puntos de la meditación. Sería error grosero considerar como ocioso el tiempo que se emplea en tan provechoso ejercicio, permaneciendo atentos y recogidos en la presencia de Dios, ora nos haga sentir su divina presencia, ora no, según fuere su divino beneplácito.

El quinto medio consiste en acercarse con frecuencia a recibir los santos Sacrametos, que son las principales fuentes de la gracia.

No hay que convertir la confesión en torcedor del alma, porque esto sería ir contra la intención de Dios; pero todavía se ha de poner más cuidado en no acercarse a recibir este sacramento por rutina; cosa bastante ordinaria en las personas que se confiesan a menudo. Los defectos de que deben principalmente acusarse las personas que tienden a la perfección son, las inspiraciones a que hayan resistido, los sentimientos de amor propio a que hayan dado oídos, en fín, todo lo que hayan hecho, dicho u omitido con reflexión y propósito deliberado y entienden ser contrario o poco conforme con la voluntad de Dios.

La Comunión estará bien hecha, siempre que salgamos de ella con nuevos alientos y nuevas resoluciones de ser más que nunca fieles a Dios. Mas no vaya nadie a creer que para confesarse o comungar bien, haya necesidad de sujetarse a las prácticas marcadas en los libros de piedad. Esto será útil a aquellas personas cuya imaginación viva y ligera las expone a continuas divagaciones de la mente, y que por lo mismo necesitan ayudarse de este medio para excitar la actividad mental en sus comunicaciones íntimas con Jesús: también será provechoso a aquellos que comulgan de tarde en tarde y no tienen hábito alguno de recogimiento. Pero a poco que se haya entrado en los caminos de la oración, no hay necesidad de acudir a los libros, ni para oir Misa, ni para frecuentar los Sacramentos.

El sexto medio para alcanzar la verdadera y sóida devoción son las lecturas piadosas. Hay para elegir muchos libros: pero conviene preferir aquellos que van más directamente al corazón y llevan consigo cierta unción. *El Ejercicio de perfección del P. Rodriguez*, es excelente para toda clase de personas. Son

también excelentes *Los Salmos, El Nuevo Testamento, La Imitación de Cristo, Las obras del P. Granada, de San Francisco de Sales* y de otros muchos autores ascéticos, en los cuales tan rica es la literatura española. *Las vidas de Jesucristo, de la Vírgen Santísima y de los Santos*, ofrecen igualmente muy provechosa y sabrosa lectura espiritual a las almas interiores. Con todo hay que evitar en ella la precipitación, leyendo pausadamente y dando lugar a la acción de Dios, deteniéndonos en aquellos pasajes en que nos sentimos movidos e ilustrados. No debe hacerse esta lectura por pura curiosidad, sino con la mira de practicar lo que leemos: y como no todo conviene a todos, es preciso fijarse en aquello que nos es más propio y personal, sin por esto multiplicar las prácticas piadosas, lo cual perjudicaría a la libertad de espíritu, que hemos de procurar conservar a todo trance.

El séptimo cielo es la mortificación del corazón. Todo se opone en nosotros al bien sobrenatural; todo nos arrastra a la vida de los sentidos y al amor propio. Es preciso luchar incesantemente contra nosotros mismos y hacernos continua guerra, sea para resistir a las sugestiones de fuera, sea para combatir las de dentro. Nunca será bastante la vigilancia sobre el corazón, y sobre todo lo que allí pasa. Esto resulta penoso a los principios; pero poco a poco se nos hará más fácil, a medida que nos acostumbremos a morar dentro de nosotros y nos apliquemos a guardar la presencia de Dios.

El octavo medio es la devoción a la Santísima Virgen. Pidamos por su conducto a Jesucristo las gracias que necesitemos, que ella nos las alcanzará indefectiblemente. Sobre todo cuando nos sintamos tentados de pesadez y fastidio, de tedio y desaliento en las cosas espirituales; cuando sintamos ímpetus de echarlo todo a rodar, debemos acudir de un modo especial a esta Señora, con la firme confianza de que ella atenderá nuestras súplicas.

También será bueno no olvidarnos de la devoción a nuestro Angel Custodio. El no nos abandona nunca, y se nos ha dado para dirigirnos en el camino de la santidad. Menester es, por lo tanto, acudir a él en nuestras dudas y en nuestras vacilaciones, rogándole a menudo que vele sobre nosotros.

En fin, el punto capital está en tener un buen guía, un director

experimentado en las vías del espíritu. Los buenos directores siempre han sido bastante raros y hoy lo son tal vez más que nunca; con todo, puede asegurarse que las almas sencillas que quieren ir derechas a Dios, encuentran siempre al hombre que necesitan para guiarlas.

La Providencia está comprometida en proporcionárselo y no falta jamás cuando se la invoca con este fin. Puede asegurarse, sin género alguno de duda, que cuando el alma no halla al director que necesita para guiarla en el camino espiritual, siempre es por culpa suya.

Supliquen, pues, al Señor que les dé a conocer aquel a quien deben confiar el cuidado de su perfección; y cuando lo hayan encontrado, ábranle su corazón, escúchenle con docilidad, sigan sus consejos como si Dios mismo les hablase por su boca. Un alma de buena voluntad y bien dirigida, no puede menos que llegar a conseguir la santidad.

IV

Cómo hemos de procurar vivir la vida nueva de Jesucristo

El apóstol San Pablo, en muchas de sus cartas, recordaba a los primitivos cristianos que por medio del bautismo habían sido muertos y sepultados con Jesucristo; mas que al salir de las fuentes bautismales, habían resucitado con Él y estaban por lo tanto obligados a llevar una vida nueva, según el modelo que el mismo Jesús nos presenta en su gloriosa resurrección.

Como escribimos para las almas que están no sólo muertas al pecado, sino resueltas enteramente a vivir una vida del todo espiritual, vamos a proponerles la resurrección del Salvador, no como el modelo, sino más bien como el termino del género de vida enteramente santa que han abrazado. Para resucitar como Jesucristo, es necesario morir como Él murió. Ahora bien, la vida de Jesucristo fué una muerte continua, no real sino mística, cuyo último acto y consumación fué su muerte natural en la cruz.

Así pues. la vida que estas almas han de tener en Jesucristo, no ha de ser otra que una muerte continuada a sí mismas: han de vivir alejadas de las faltas más leves y de las menores imperfecciones deliberadas; han de morir al mundo y a todas las cosas exteriores; a los sentidos y a los cuidados inmoderados del cuerpo; han de corregir su carácter y sus defectos naturales; han de renunciar a su voluntad propia, a la estimación y amor de sí mismas y a las consolaciones espirituales : en una palabra, deben despojarse enteramente de toda mira interesada y egoísta en todo lo que concierne a la santidad. De este modo se irá infundiendo en nosotros la vida mística de Jesucristo; y cuando hayamos recibido el último golpe de muerte, Jesucristo nos resucitara y comunicará las cualidades de su vida gloriosa, al menos en el grado y medida de que sea capaz nuestra alma acá en la tierra. A fin de entender esto mejor, recorramos brevemente los diferentes géneros de muerte espiritual por los cuales debe pasar el alma.

En primer lugar debe morir a los pecados más ligeros y a las menores imperfecciones voluntarias. La primera resolución que debe tomar el alma que quiere de veras pertenecer a Dios enteramente, es la de no cometer jamás falta alguna con advertencia y propósito deliberado, ni obrar nunca contra las inspiraciones de la gracia y los dictámenes de su conciencia: no bene rehusar jamás a Dios nada de cuanto le pida, so pretexto de que el Señor no hará caso de aquella niñería. Semejante resolución es de suma trascendencia en la vida espiritual y es preciso mantenerse firme en ella con inviolable fidelidad. No por esto se entienda que pueda el alma verse libre de toda clase de faltas e imperfecciones; porque, a pesar de todos sus esfuerzos, se le escaparán no pocas, ora sea por inadvertencia, ora por fragilidad: pero las tales faltas no serán parte a detenerla un punto en la vía de la perfección, puesto que no serán ni previstas ni deliberadas.

En segundo lugar hemos de morir al mundo y a todas las cosas exteriores, renunciando enteramente a las vanidades mundanales del siglo, a no ser que nos obliguen a condesceder en algo con él los deberes de nuestro estado; pero aún entonces deberemos ceñirnos a lo que sea esctrictamente necesario y no se

oponga a la voluntad de Dios. Es preciso despreciar al mundo sin hacer caso alguno de sus juicios, ni temer sus desdenes, burlas y persecuciones; no debemos jamás avergonzarnos de cumplir nuestros deberes y practicar las máximas del santo Evangelio, sin apartarnos un ápice de lo que nos dicta la conciencia, por el vano temor de lo que podrá decir o pensar de nosotros el mundo.En un siglo tan corrompido como el nuestro nos veremos forzados a sostener incesantes combates, a vencer muchos obstáculos, a despreciar muchos vanos temores, y sobreponernos a muchos prejuicios para triunfar plenamente del respeto humano.

En tercer lugar hemos de morir a la vida de los sentidos, cercenando todos los cuidados excesivos del cuerpo. Hay que ponerse en guardia contra la molicie, el amor a las comodidades y la sensualidad; no dar al cuerpo más que lo puramente necesario en todo lo que se refiere al sustento, al sueño y a los vestidos; mortificarlo de tiempo en tiempo por medio de privaciones, y si la salud nos lo permite y el confesor nos lo aprueba, imponerle además algunas mortificaciones exteriores: pero sobre todo hay que procurar tener bien enfrenados los sentidos, en especial los ojos, oídos y lengua, evitando todo aquello que pueda impresionar desordenadamente al alma.

En cuarto lugar debemos aplicarnos con tesón a corregir los defectos naturales que deforman nuestro carácter. No es cosa de poco momento reformar el carácter de manera que no conserve sino lo que sea bueno y ordenado, extirpando de él todo lo que sea malo o defectuoso. Muchos santos a quienes la Iglesia venera en los altares, no llegaron a dominarlo completamente. No todos fueron Agustinos, Ignacios o Franciscos de Sales, en quienes el carácter estaba perfectamente domado y sometido a la gracia. El mejor medio para conseguirlo es poner exquisito cuidado en la guarda del corazón, reprimir sus primeros impulsos, no hablar ni obrar jamás impetuosa e inconsideradamente, siguiendo las impresiones de momento, mantenerse siempre en paz y en la tranquila posesión de sí mismo. ¿Por qué no hemos de hacer por Dios, y con el auxilio de su gracia, lo que tantos hacen por el mundo y por el interés de su fortuna?

Lo quinto que debe procurar quien quiera vivir la vida de

Jesucristo es renunciar a su propia voluntad y juicio. Es este sin duda un punto de inmensa trascendencia en la vida espiritual y de suma dificultad en la práctica. Desde luego, en las cosas ordinarias es preciso trabajar en someter su juicio y voluntad a los dictados de la razón; no dejarse llevar de sus caprichos e ilusiones, no aferrarse al propio sentir, escuchar las razones de los demás, defiriendo a ellas si nos parecen buenas, y ceder voluntariamente a la opinión y al deseo de los otros, en las cosas indiferentes. En lo que concierne a nuestra conducta espiritual, debemos recibir con sencillez lo que Dios nos da, y permanecer quietos donde El nos coloque, sin pretender otra cosa; no ser excesivamente curiosos en querer escudriñar cual sea el estado de nuestra alma, ni acerca de los efectos que en ella producen las operaciones de la gracia: debemos rendir humildemente nuestro juicio y voluntad a la de nuestro director espiritual, reprimir la actividad del espíritu y mantenerlo siempre pendiente de la voluntad de Dios. No reflexionemos demasiado sobre nosotros mismos, dejémonos conducir por el instinto divino, tan superior a nuestros razonamientos y a nuestras escasas luces: no nos demos a la lectura espiritual por pura curiosidad, sino busquemos siempre en ella el alimento con que se nutra nuestro corazón con santos afectos, sin hacer excesivos esfuerzos para profundizarlo y entenderlo todo en lo que vamos leyendo, pues esto podría conducirnos a llenarnos la cabeza de ideas falsas y a presumir de nosotros mismos con vanas ilusiones.

Estemos bien persuadidos de que Dios nos concederá las luces de su gracia a medida que las necesitemos, y no pretendamos ir más allá que ellas, sino más bien recibámoslas humildemente y procuremos con todo ahínco reducirlas a la práctica. En general tengamos siempre nuestro espíritu y nuestro corazón vacío de nosotros mismos, a fin de que Dios pueda depositar en él lo que mejor le plazca.

Después de haber muerto a nuestro propio juicio y voluntad hay que morir también a nuestro amor propio. Como se ve la muerte mística del alma va siendo por momentos más íntima; porque si hay algo que esté profundamente arraigado en nuestro corazón es el orgullo y el egoísmo. Estos son los dos mayores

enemigos de Dios y por consiguiente los nuestros. Dios los ataca y los persigue sin cesar en las almas que se han entregado del todo a Él. Lo que debemos hacer de nuestra parte es ponernos enteramente en sus manos y secundarle en las ocasiones que se presenten. Pero no basta esto, sino que es preciso además renunciar a los consuelos espirituales, cuando a Dios le plazca privarnos de ellos. Es bastante frecuente en la vida espiritual el que Dios sustraiga al alma toda clase de consolaciones. En tales trances no siente ella gusto alguno en sus ejercicios de piedad; todo le resulta pesado, enojoso e insoportable: no siente en sí la presencia de Dios, ni la paz íntima que reina en el fondo de su espíritu, sino que más bien se cree privada de ella. Es preciso que el alma se muestre generosa y acepte estas privaciones: que se habitúe a no buscarse en nada, a amar a Dios desinteresadamente, y a servirle por sí mismo y a sus expensas. Entonces naturalmente el servicio de Dios cuesta mucho a la naturaleza; ésta grita, se queja, se irrita y desespera; hay que dejarla gritar y ser entonces más fiel que nunca: es preciso arrastrar la víctima hasta el altar del sacrificio para ser allí inmolada, sin hacer caso alguno de sus repugnancias.

Finalmente es preciso renunciar a toda mira interesada y egoísta en lo que respecta a la santidad. El alma es fácil en apropiarse los dones de Dios y las virtudes con que El la ha enriquecido, fomentando en su interior cierta secreta complacencia al verse adornada con ellas; para convencerla de su completa nulidad, Dios se lo arrebata todo, no en cuanto a la realidad, sino en la apariencia, reduciéndola así a una entera desnudez: entonces el alma no ve en sí ni dones, ni virtudes,ni nada sobrenatural; no acierta a comprender ni lo que es, ni lo que ha sido, ni lo que será de ella. Sus pecados, su nada y su extremada miseria se presentan ante sus ojos con meridiana claridad, y se juzga indigna de toda recompensa y acreedora a todo castigo. En esto consiste la consumación de la muerte mística. La resurrección y el estado glorioso vendrán después. Dejemos a Dios sus inescrutables secretos, y no queramos escudriñarlos temerariamente.

V

De la violencia que es preciso hacerse a sí mismo

"El reino de los cielos, dice Jesucristo [1], *se alcanza a viva fuerza y los que se la hacen a sí mismos son los que lo arrebatan."* Si por una parte Jesucristo ha hecho el camino del cielo más fácil, por la efusión abundante de sus gracias y por el espíritu de amor que va derramando sobre sus discípulos; por otra, en cierto modo, lo ha estrechado más aún, puesto que El vino no a destruir la Ley, sinó a perfeccionarla: y por consiguiente exige más que lo que Dios exigía en la Ley natural y en la ley Mosaica. Así , desde el momento en que San Juan Bautista anunció la venida del Salvador, el reino de los cielos sólo se obtiene por la violencia que nos hacemos a nosotros mismos; es preciso arrebatarlo, y por decirlo así, tomarlo por asalto. Estas palabras son duras a la naturaleza, porque precisamente a ella es a quien hay que combatir, sin tregua ni descanso, hasta la efusión de la sangre, si necesario fuere. Si el servicio de Dios sólo consistiera en ciertas prácticas piadosas, compatibles con una vida regalada y cómoda, con los halagos del amor propio y con cierta secreta complacencia en sí mismo; el número de los santos, esto es, el de los verdaderos cristianos, de los verdaderos amadores del Evangelio, no sería tan escaso como lo es, y nuestra condición sería a todas luces más llevadera que la de los judíos, a quienes Dios prescribía tantas prácticas exteriores, de que nos ha libertado la Ley de gracia.

Ahora bien, estas prácticas exteriores Jesucristo las ha substituído por otras interiores que son sin comparación mucho más difíciles y penosas. *"No he venido, dice, a traer la paz, sino la guerra."* [2] El pone la espada en las manos de sus servidores y quiere que la empleen luchando contra sí mismos para circuncidar su corazón, para cercenar enérgicamente, y sin contempla-

----

1 Matth. XI, 12.

2 Mt, 10, 34

ciones de ninguna clase, todas las inclinaciones de la naturaleza corrompida, y para darse la muerte hasta no dejar en sí mismos vestigio alguno del viejo Adán.

¡Cuán duro es esto para la sensualidad y cuán difícil de entender!. Mientras no se trata más de rezar algunas oraciones vocales, visitar las iglesias y practicar obras exteriores de caridad; se encuentran muchas personas que sientan plaza de devotas. Un director que no pide más que sólo esto, es escuchado con gusto, es un hombre de Dios, un santo. Pero que hable de corregir ciertos defectos, de vencer el respeto humano, de reformar el carácter y de refrenar las aficiones e inclinaciones desordenadas, para seguir en todo el impulso de la gracia, y entonces todo cambia de aspecto: se le tilda de exagerado que trastorna las cosas. Con todo no hay duda que en esto precisamente consiste el espíritu del cristianismo, en que cada cual se considera a sí mismo como el más terrible enemigo, a quien tiene que combatir sin tregua ni cuartel; en que no condescienda jamás con sus defectos y haga consistir todo su progreso espiritual en las victorias que alcance sobre sí propio.

En los comienzos de la vida espiritual nos trata Dios ordinariamente con mucha blandura, a fin de que nos aficionemos a Él, infundiendo en nuestra alma suma paz e inefable alegría; nos hace gustar las dulzuras del retiro, del recogimiento y de los ejercicios de piedad; nos facilita, en una palabra, la práctica de la virtud. Nada al parecer nos viene cuesta arriba, antes nos creemos capaces para todo.

Pero una vez que Dios se ha posesionado bien del alma, comienza a iluminarla acerca de sus defectos; levanta por grados el velo que los ocultaba y le inspira grandes alientos para combatirlos. Desde aquel momento se vuelve el alma contra sí mismo y emprende la guerra contra su amor propio; lo persigue sin descanso donde quiera que asome la cabeza, y la asoma por todas partes. Ya le parece no descubrir en sí más que niñerías, imperfecciones, buscarse a sí misma y aferrarse al propio sentir: su misma devoción aparece a sus ojos plagada defectos. Creía amar a Dios, y ve que refiere a sí misma el amor que tiene a Dios, que se apropia sus dones, que le sirve con miras interesadas, que se complace demasiado en sí misma: y en

cambio siente secreto desprecio hacia aquellos que a su parecer no han recibido las mismas gracias que ella.

Dios le va mostrando todo esto sucesivamente porque si se lo descubriera todo de una vez, no podría sostener su vista y caería en el desaliento. Pero lo poco que va descubriendo basta para darle a entender que no ha entrado aún en el camino de la perfección, y que tendrá que librar muchos combates antes de llegar al término.

Si el alma es animosa y fiel, ¿qué hace entonces? Se humilla sin desalentarse, pone en Dios toda su confianza é implora su auxilio en la guerra que ha emprendido. Asienta en lo más hondo de su corazón y de su alma aquella gran máxima del libro de *La Imitación*: "Tanto aprovecharás cuanta mayor fuere la violencia que te hicieres" [1], máxima que contiene el más puro espíritu del Evangelio, y por la cual se han gobernado todos los santos.

A su ejemplo combate tambien ella denodadamente su viciada naturaleza, las bajas inclinaciones de su corazón y los defectos de su carácter: mas a fin de evitar los extravíos de su imaginación, que podrían ser consecuencia de un fervor indiscreto, suplica humildemente al Señor la dirija en esta guerra, la ilumine y le dé a conocer, en las ocasiones que se presenten, los enemigos a quienes debe combatir; que no permita le pase nada inadvertido, sino que se dé cuenta de todo lo que pasa en ella, a fin de que ponga orden en su interior, con el socorro de la gracia: en fin, forma la generosa resolución de contrariarse en todo lo que viere en sí desordenado, de no permitirse nada, absolutamente nada, que entienda desagradar a la infinita santidad de Dios.

Ya tenemos al alma convertida en soldado de Jesucristo y alistada bajo sus banderas, hasta entonces Dios la había preparado y dispuesto; pero desde este momento se reviste ella de las armas de la fe y entra decidida en el campo de batalla.

¿Cuánto tiempo durará esta pelea? Durará mientras quede un enemigo a quien vencer, mientras la naturaleza conserve un soplo de vida, mientras el viejo Adán no sea completamente de-

-----

-1L.I, C XXV, n. 11.

rrotado. El buen soldado de Cristo no depone jamás las armas. sino que pelea esforzadamente hasta el fin; pues sólo los que combaten varonilmente hasta el fin y triunfan de todos sus enemigos, merecen ceñir su frente con los laureles de la victoria. El hombre bueno y piadoso, lejos de dejarse arrastrar de las viciosas inclinaciones de su corazón, las somete al arbitrio de la recta razón. "¿Quién sostiene mayor combate, dice el autor de *La imitación de Cristo*, que el que se esfuerza en vencerse a si mismo?" He aquí en lo que debiera cifrarse nuestra principal ocupación en vencernos a nosotros mismos y hacernos cada día más fuertes contra nuestras inclinaciones desordenadas. Si a fuerza de varones esforzados procuráramos permanecer firmes en el combate, ciertamente veríamos bajar sobre nosotros el auxilio divino; pues el que nos da ocasiones de pelear, para que salgamos victoriosos, está pronto a ayudarnos si peleamos confiados en su gracia. Apliquemos, pues, la segur a la raíz, para que, una vez victoriosos de las pasiones y de nosotros mismos, gocemos al fin de perfecta paz en nuestra alma.

VI

Necesidad que tenemos de llevar la Cruz

"Quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí." (Mt. 10, 38.).

La cruz es una especie de Evangelio compendiado y el estandarte del cristianismo. Por la cruz Jesucristo reparó la gloria de su Padre, satisfizo por los pecados del mundo y reconcilió al cielo con la tierra. Ahora bien, el habernos rescatado Jesucristo con su cruz no nos dispensa de llevar la nuestra; al contrario, nos impone la estrecha obligación que debe impulsarnos a seguir los pasos de nuestro divino Maestro. Su cruz ha santificado la nuestra; ella le ha dado valor y la ha hecho merecedora de premio eterno. Sin la cruz de Jesucristo, todas nuestras penas, todos nuestros sufrimientos no podrían en manera alguna satisfacer a Dios por el menor pecado, y el cielo

permanecería eternamente cerrado para nosotros. Ningún cristiano ignora estas verdades; lo que no todos entienden, al menos prácticamente, es que para que nos sea saludable la cruz de Jesucristo, debemos renunciarnos, morir a nosotros mismos, y esto todos los días continuamente. Sin esto apenas mereceremos el nombre de cristiano, y Jesucristo nos desconocerá y rechazará en la presencia de su Padre. Sus palabras son formales acerca de este punto. Por poco que amemos a Dios, por poco que nos amemos a nosotros mismos, no será posible vacilar en este punto.

Veamos, en qué consiste ese deber sagrado de llevar cada uno su cruz, y si es tan insoportable como parece a primera vista.

La necesidad de llevar la cruz consiste primera y principalmente en evitar el pecado y todas las ocasiones voluntarias de pecar.

Nada más justo y puesto en razón: todos los cristianos convienen en ello; pero esto al parecer tan fácil, no lo es tanto en la práctica. El pecado tiene sus atractivos, tiene sus ventajas temporales: las ocasiones de pecar son frecuentes y aun cotidianas, nos solicitan poderosamente; y el común de los cristianos, que se hallan sin cesar expuestos a ellas, tiene necesidad de hacerse violencia continua para no sucumbir a las tentaciones.

Consiste en segundo lugar la cruz, en mortificar las pasiones, en moderar los deseos de nuestro corazón y tener la carne sujeta al espíritu; en vigilar sobre los sentidos y guardar cuidadosamente todas las entradas y salidas del corazón; porque el foco del pecado está en nosotros mismos y en nuestra concupiscencia. Nos sentimos como arrastrados al mal y una funesta experiencia nos enseña que si no guardamos continua vigilancia sobre nosotros mismos, serán inevitables nuestras caídas.

En tercer lugar, consiste la cruz en despegar nuestra alma y nuestro corazón de todos los objetos terrenales y perecederos, para ocupar nuestra atención en los objetos celestes, espirituales y eternos; lo cual pide que luchemos sin cesar contra el peso de nuestra naturaleza corrompida, que nos arrastra hacia la tierra. Si nos examinamos atentamente, sorprenderemos en nosotros a cada instante pensamientos y deseos que nos apegan a las cosas de la tierra, a semejanza de los irracionales, y que nos sujetan

continuamente a las necesidades, al bienestar, a las comodidades del cuerpo y a los medios de procurárnoslas. La parte física nos ocupa más que la moral, a no ser que con redoblados esfuerzos nos elevemos sobre nosotros mismos.

Consiste en cuarto lugar la cruz, en recibir como disposiciones de la Divina Providencia todos los acontecimientos desgraciados que nos ocurran, ya procedan de causas naturales, ya de la malicia de los hombres, ya de nuestras propias faltas Estas cruces que nos envía la Providencia son frecuentes; cuanto más nos ama Dios, más pesadas nos las envía, porque con ellas despega más y más nuestro corazón de los bienes terrenales y lo atrae hacia los celestiales: son además muy apropiadas para labrar nuestra santificación; porque como no se nos da facultad para elegirlas, por esto mismo son más mortificantes.

Consiste en quinto lugar nuestra cruz, en abrazar todas las pruebas, todas las penas con que se halla entretejida la vida espiritual: y esto se verifica más particularmente con las almas interiores que siguen de cerca las pisadas de Jesucristo. Este divino Salvador, al aceptarlas por sus esposas, las carga con su cruz: con aquella cruz que El mismo llevó, formada de dos brazos, que son los sufrimientos y humillaciones interiores que penetran hasta lo más íntimo del alma, y en cuya comparación todas las otras resultan muy ligeras: cruz, en fin que tiende a la extinción total del amor propio y al sacrificio de nuestros más caros intereses.

Esta última cruz es sólo patrimonio de un corto número de almas privilegiadas: no es impuesta por el deber sino más bien por el amor, y de aquí que resulte mucho más pesada; porque el motivo del amor es incomparablemente más fuerte que el del deber. Hay además que unir a estas cruces todas aquellas que el alma abraza voluntariamente, como son las austeridades, los votos, el estado religioso y otras.

Tales son poco más o menos las cruces a que está sujeta la vida del cristiano, y que los mismos malos comparten en parte con los buenos; porque aquéllos no están menos expuestos que éstos a todas las cruces que la Providencia nos envía, sin hablar de las que les son peculiares, como consecuencia lógica de sus pasiones y de sus crímenes.

Veamos ahora si esa obligación de llevar la cruz es tan insoportable y penosa como parece a primera vista. Acerca de esto podríamos desde luego asentar como regla general, que no hay ni puede haber felicidad verdadera sobre la tierra fuera del camino de la cruz. No cabe duda que en muchas ocasiones cuesta más condenarse que salvarse, y que los malos en cierto sentido, tienen más que sufrir que los buenos, puesto que sufren sin consuelo ni esperanza y viven en continua agitación y turbación, siempre obligados a huir de sí mismos, a evitar sus propias miradas y a sofocar los remordimientos incesantes de su conciencia. Aun cuando no hubiera otra razón para animarnos a llevar la cruz cristianamente que la de substraernos a los remordimientos que desgarran el alma del libertino e impío, sería ésta por sí sola más que suficiente para endulzar la aspereza, más aparente que real, de la doctrina del Evangelio. Pero tomemos en particular cada especie de cruz y veamos los alivios que la gracia nos proporciona para que resulte su carga suave y llevadera.

En efecto, como dijimos arriba, la primera cruz consiste en evitar el pecado y todas las ocasiones de pecar. Claro está que esto resulta molesto y pesado para la naturaleza y nos cuesta a menudo no pequeños sacrificios. Pero ¿acaso no cuesta muchímo más al alma el condescender con sus apetitos desordenados? ¿No paga bien caro aquel placer de un momento, cuyo solo recuerdo la ruboriza y atormenta con incesantes y amargos remordimientos, si no es que ya hubiere perdido enteramente el temor de Dios y se hallare del todo encallecida en la maldad? Por el contrario, ¿qué dicha hay comparable con la que nos proporciona el testimonio de la buena conciencia? ¿No es acaso inmensamente preferible a aquel instante de brutal delirio? ¡Qué dulce paz, qué alegría tan intensa y pura experimenta el alma después de haber resistido varonilmente, y triunfado en toda la línea, de las malignas sugestiones de Satanás y de las perversas inclinaciones que le solicitaban al mal! ¡Con qué satisfacción, con qué amorosa confianza se acerca a Dios esta alma y se une con El por medio de la oración y de la participación de los sacramentos, mientras que la que ha sucumbido a la tentación huye despavorida y avergonzada de la

presencia de Dios, haciéndosele intolerables los deberes de piedad que con El tiene que cumplir!

La segunda cruz consiste en la mortificación de las pasiones. Pero ¿no es acaso más penoso el abandonarse a ellas que el dominarlas? ¿Quién no sabe que las pasiones desordenadas, lejos de saciar los deseos del alma, despiertan en ella un hambre insaciable? Se amortigua esta hambre a intervalos, pero para renacer luego con más violencia. El ambicioso, el avaro, el voluptuoso, aun cuando nada se oponga a la satisfacción de sus deseos, lo cual raras veces sucede, ¿son acaso dichosos? ¿pueden de verdad serlo? Las consecuencias de las pasiones, ¿no son casi siempre tristísimas, aun miradas con ojos mundanos? Comparad el estado del hombre esclavo de sus pasiones con el de un cristiano que las ha declarado guerra implacable, consiguiendo al fin sujetarlas; y os veréis forzado a confesar que Jesucristo, al ordenarnos combatir sin tregua nuestras pasiones desordenadas, nos señala el verdadero y único sendero que conduce a nuestra dicha, aun acá en la tierra.

La tercera clase de cruz consiste en la lucha violenta del hombre consigo mismo, entre la parte baja y animal de su ser, y la superior y espiritual. Esta lucha es muy molesta y pesada, porque el cuerpo tiende a arrastrarnos sin cesar en pos de sí. Pero ¿hay nada más gravoso que este miserable cuerpo? ¿Será posible darle jamás perfecto contento? Si le concedéis una cosa, al punto os pide otra, y las continuas atenciones en mimarlo y evitarle todo lo que le molesta ¿no constituyen acaso un verdadero tormento? Por el contrario, ¿hay imperio más digno del hombre y que más le realce a sus propios ojos, que dominar su cuerpo, reducirlo a que se contente con lo preciso, curtirlo y avezarlo al trabajo y a la fatiga, sin ocuparse casi nunca de él, a fin de poder aplicar todas las energías del alma a las cosas espirituales, al cumplimiento de los deberes que nos impone nuestro estado y la sociedad civil y religiosa de que formamos parte?

Las cruces que nos envía la Providencia, son inevitables, y alcanzan lo mismo a los malos que a los buenos. Pero con su resignación, paciencia y sumisión a la voluntad de Dios, los buenos cristianos endulzan todo lo que estas cruces tienen de amargo; la religión les facilita medios para llevarlas con resig-

nación y aun con alegría. No sucede lo propio con los malos, quienes al ver que no pueden evitarlas se entregan en brazos de la tristeza, del abatimiento y de la desesperación, y, por las malas disposiciones con que las reciben, contribuyen a que resulten mucho más pesadas de lo que son en sí mismas.

En fin, las cruces espirituales con que Dios prueba a las almas privilegiadas, siendo como dijimos, cruces de amor, forman las delicias de aquellos a quienes el Señor las envía. Lejos de desecharlas, las abrazan con sumo gozo espiritual; en lugar de pedir a Dios que se las quite, le ruegan sin cesar les envíe otras más pesadas, exclamando con San Francisco Javier "Más, Señor, más aun", deseando morir clavadas en ellas como su Salvador. Estas cruces, que a no dudarlo son las más terribles, son también las que se llevan con mayores bríos, con más amor, con mayor paz interior, y con más fortaleza de ánimo, mediante el auxilio que para ello recibe continuamente de lo alto. En el crisol de estas cruces interiores es donde abrillanta el alma el oro de sus virtudes y labra para sí una felicidad inefable, no sólo para la otra vida sino aun para la presente. En esto hemos de atenernos al testimonio de los Santos que lo han experimentado. Ellos hablan con sobrada claridad acerca de este particular, y fuera insigne necedad suponer que pretenden engañarnos.

Es, pues, cierto sin que, quepa lugar a la menor duda, que la felicidad del cristiano, aun la presente y temporal, está cifrada en la cruz, y que al huir de ella,por contentar a la naturaleza corrompida, labramos nuestra desdicha, no sólo la eterna sino también la temporal y terrenal.

VII

De la libertad de los hijos de Dios

Es una gran verdad, por más que a primera vista parezca una paradoja, que entre todos los que sirvan a Dios, los que gozan de más excelsa libertad y aun los únicos realmente libres, son aquellos que se dejan guiar en todo por el espíritu de Dios; por lo cual les llama San Pablo con toda razón, hijos de Dios.

"*Aquellos*, dice[1] , *que se rigen por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios.*" Los mundanos que viven entregados a sus placeres, sin mortificarse en nada, parecen libres pero no lo son. Pronto se vuelven esclavos de sus pasiones, que les tiranizan con espantosa violencia. Y es esto tanta verdad que los mismos mundanos se ven forzados a confesarla. Y aunque ellos pretendieran disimularlo, su modo de proceder lo proclamaría con harta elocuencia; porque no hay hombre dominado por sus pasiones, a quien éstas no lleven mucho más allá de lo que él quisiera, reteniéndole como encadenado, y obligándole a ejecutar aquello mismo que condenan en su interior: tan despótico es el imperio que ejerce en el alma una pasión desordenada.

La mayor parte de las personas que son sinceramente cristianas, pero débiles y flojas en la práctica de su deber, no gozan tampoco de esta preciosa libertad Las ocasiones les arrastran, ceden a la menor tentación, el respeto humano les subyuga, quieren el bien y mil obstáculos les desvían de practicarlo; detestan el pecado y no tienen fuerza para alejarlo de sí. Ahora bien, claro está que cuando uno deja de obrar el bien que quisiera y obra el mal que no quería, no puede decirse que sea total y perfectamente libre.

Tampoco gozan de esa libertad, propia de los verdaderos hijos de Dios, aquellas personas devotas que se guían por su propio espíritu. Creen serlo sin duda porque se han formado un plan de devoción a su manera, y siguen cierta rutina de la cual nunca se separan. Pero en el fondo son con harta frecuencia esclavas de su imaginación, inconstantes, desiguales, extravagantes y caprichosas: buscan sólo la devoción sensible, y cuando no la hallan, como sucede muy a menudo, viven descontentas de Dios y de sí mismas. Son además muy de ordinario escrupulosas e indecisas y experimentan continuamente en sí mismas agitaciones que no aciertan a calmar. El amor propio las domina, y no son menos esclavas de él, que los mundanos lo son de sus pasiones.

Hay, pues, que convenir en que, o no hay verdadera libertad en el servicio de Dios, lo cual sería un error y hasta una especia de

----

1 Rom. VIII, 14.

blasfemia, o que semejante libertad es patrimonio exclusivo de aquellos que se entregan a Dios de todo corazón y se sujetan a seguir en todo las inspiraciones de la gracia.

Pero, se dirá, ¿cómo puede ser uno libre y estar sujeto en todo al espíritu de Dios? ¿No son éstas dos ideas contradictorias? De ninguna manera, puesto que la verdadera libertad de la criatura racional consiste precisamente en esta sujeción, y cuanto más sujeta esté en este sentido, tanto será más libre.

Para comprender bien esta verdad, debemos notar primeramente, que la libertad es la principal perfección del hombre, y que es tanto más excelente en él, cuanto en el uso que de ella hace, mejor se conforma a la razón y a los designios de Dios: porque una libertad que no tuviera regla, sería viciosa y declinaría en libertinaje.

Además, la esencia de la libertad no consiste precisamente en poder obrar el mal. Este poder es un defecto inherente a la criatura, que es esencialmente falible y limitada. Más aún, este poder es tan accidental a la libertad, que Dios, infinitamente libre, se halla en la imposibilidad absoluta de obrar el mal. Si, pues, la esencia de la libertad consistiera en la facultad de escoger el bien o el mal, se seguiría que el hombre sería más perfectamente libre que el mismo Dios.

El hombre tiene ese tristísimo poder de obrar el mal, y esto es en él una imperfección radical, que puede conducirle a su perdición eterna. ¿Qué deberá hacer, pues, para corregir esta imperfección de su libertad, y acercarse cuanto le sea posible a la libertad de Dios? No le queda más recurso que rogar al Señor le dirija en la elección de sus actos, escuchar la voz de la gracia cuando le hable al corazón, seguir sus inspiraciones y abandonarse enteramente a ella. Por este medio querrá él lo que Dios quiere, hará lo que Dios le inspire, poniéndose así a cubierto de cualquier abuso de su libertad, y elevándose, en cuanto es dable a la humana criatura, a la perfección de la libertad divina, y transformando, por decirlo así, la libertad de Dios en la suya; porque en tal caso, no obrará ya por su propia voluntad, sino más bien siguiendo el impulso de la voluntad de Dios. En una palabra, mediante la completa sumisión a Dios, alcanzará el más alto grado de libertad a que uno puede aspirar.

Mas esta sujeción no deja de ser sumamente difícil a causa de nuestra inclinación al mal, de nuestros malos hábitos y de cierto espíritu de independencia y de orgullo, que fue el orígen de la caída de los ángeles y de nuestros primeros padres. Pero ¿quién más que nadie siente esa dificultad y murmura contra ella? ¿Acaso la parte más elevada del hombre? ¿Su conciencia tal vez? No, ciertamente, sino sólo su naturaleza corrompida, sus pasiones. Porque a la inteligencia del hombre, que es una participación y destello de la divina, no puede menos de parecerle muy puesta en razón esa necesidad que tiene de someterse y conformarse con la voluntad de Dios; y la conciencia, como que es un instinto de rectitud, que el mismo Dios ha depositado en el fondo de nuestro corazón, no murmurará jamás contra esta sujeción, que es su primera ley, ni dará nunca el odioso nombre de despotismo a aquella regla que es la mejor garantía de su acierto en el obrar. Contraria, pues, y molesta sólo a nuestras pasiones desenfrenadas, a nuestro orgullo y a nuestro amor propio, a los cuales pone freno saludable, al par que sirve de yugo dulce y suave a la razón iluminada por la fe.

A más de que cesará de parecer insoportable esta sujeción cuando las pasiones hayan sido domeñadas, vencido el amor propio y el orgullo humillado; cuando nuestras depravadas inclinaciones se hayan trocado en buenas, mediante los saludables hábitos adquiridos, e impriman a nuestra voluntad cierta tendencia al bien; porque entonces la voz de la gracia será más poderosa que la de la naturaleza. Para conseguir tan felices resultados, requiérense de nuestra parte generosos esfuerzos, a fin de adquirir el dominio de nosotros mismos, con el auxilio de la divina gracia, hasta llegar a ser dueños absolutos de nuestros sentidos, de nuestra imaginación y aun de los primeros movimientos desarreglados, que se levantan en nosotros a pesar nuestro.

Entonces y sólo entonces es cuando se siente el hombre independiente de todo lo que no es Dios, y goza deliciosamente de la libertad de los hijos de Dios. Compadécese de los miserables esclavos del mundo y se siente feliz por haber roto sus cadenas. Tranquilo desde la orilla, ve a los mundanos arrastra-